

CARLOS ALGORA

**EL
MAESTRO
DE LA
MANO
NEGRA**

algaida



Imagen de falsas guardas: Dibujo al natural de Comba,
aparecido en *La Ilustración Española y Americana*

Primera edición: 2020

© Carlos Algora, 2020

© Algaida Editores, 2020

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-282-3

Depósito legal: SE. 106-2020

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRELUDIO	15
I. PARIAS DE LA TIERRA.....	21
1. Un homenaje a la Alegrepolvo.....	23
2. <i>Joputa</i> , estamos en paz.....	28
3. El sol poderoso cabalgaba sobre nuestros lomos.....	33
4. La oscura <i>marrona</i> la dejó caer en su boca.....	39
5. El Juanón arde en los infiernos.....	46
6. La muerte revieja le hurgaba el pie.....	52
7. Te pone los cuernos con cualquiera.....	60
8. El <i>oló</i> del queso es como el sudor de Cristo que alimenta...	68
9. Guardaron sus testículos en un tarro de corcho	76
10. El encuentro	84
11. Carros de fuego surcaban el cielo	91
12. Asalto bandolero a la hacienda	100
13. Jinetes del Apocalipsis cabalgaban de nuevo	108
II. LOS CRÍMENES DE LA MANO NEGRA.....	117
14. El crimen del ventorrillo de Núñez	119
15. A baquetazos vas a cantar hasta el miserere	127
16. ¡Que viene la Mano Negra!	136
17. Contra los ricos, el fuego, el hierro, el veneno... ..	144

18. Anhelos de libertad	151
19. ¡Cállate, furcia!	157
20. Caminaba como un sonámbulo de espalda	165
21. La cuerda de presos	173
22. El devoto rufián	180
23. ¿Quién de los dos era el murgaño?	188
24. No dejan títere con cabeza	198
25. La Remolino y la mulilla de Troya	207
26. El secuestro	218
27. El crimen de la venta del Empalme	225
28. El congreso de Sevilla	233
III. EL GARROTE VIL	243
29. Las artimañas de don Tomás	245
30. Sal, puta, de aquí	254
31. Los demonios de Monforte	263
32. Con vuestro beneplácito, queridas momias	273
33. ¡Mañana es <i>jueviss!</i>	281
34. El juicio de la Parrilla	289
35. Crónica negra de un asesinato	299
36. Las sentencias contra la Mano Negra	309
37. ¿Qué ocurrió en la venta de Núñez?	319
38. La pena capital es una sinrazón de la justicia humana	328
39. María santísima, madre mía. ¡Soy inocente!	337
40. Mano Negra o Mano Blanca	346
41. ¿Quién mató al Lagartijo?	355
42. Aprisionaba con sus dedos la garganta de la Rosa	365
43. Miguelillo Ajorcamiedo	374
44. Le doy un guantazo que le desbarato la cara	384
45. Garrote vil	393
AGRADECIMIENTOS Y NOTAS FINALES	407

A Leo Algora Beghin

Aprovecha el día.

No dejes que termine sin haber crecido un poco, sin haber sido feliz, sin haber alimentado tus sueños.

No te dejes vencer por el desaliento. No permitas que nadie te quite el derecho de expresarte, que es casi un deber.

No abandones tus ansias de hacer de tu vida algo extraordinario...

No dejes de creer que las palabras y la poesía, sí pueden cambiar al mundo; porque, pase lo que pase, nuestra esencia está intacta.

Somos seres humanos llenos de pasión, la vida es desierto y es oasis. Nos derriba, nos lastima, nos convierte en protagonistas de nuestra propia historia.

Walt Whitman

En este instante estoy escribiendo junto a la chimenea de mi casa. Laska está a mis pies y oigo cómo afuera cae la lluvia: no imagino mayor plenitud. Madera para quemar, libros para leer, vino que catar y amigos con quienes compartir todo esto. No hace falta mucho más para la verdadera felicidad.

Pablo d'Ors. *Biografía del silencio*

PRELUDIO

En el camino de Jerez a Trebujena,
4 de diciembre de 1882

EL INVIERNO, A LAS PUERTAS, ASOMABA YA SUS FAUCES mortecinas, en la noche había helado. El sargento divisó a menos de media legua el augurio de la muerte que tan bien conocía, como guardia civil acostumbrado a cabalgar por los campos y la sierra. Un buitre sobrevolaba en círculo, pronto llegarían otros más y se darían el festín. Tal vez el cadáver de cualquier bestia de carga que hubiese pasado a mejor vida, o de algún desgraciado de los que morían orillados en el camino reventados por el hambre y el frío.

Sí, desde que había llegado a Jerez unos diez días antes, avanzado el otoño de 1882, había encontrado un panorama desolador: una ciudad rica llena de mendigos, unos campos fértiles poblados de vagabundos, bandidos, anarquistas y pobres diablos que morían sin más techo que las estrellas. El sargento no estaba allí por casualidad, formaba parte del centenar de beneméritos del XIV tercio de la Guardia Civil escogidos

para reforzar la guarnición de Jerez. Venían con la misión especial de acabar con el bandidaje y el terrorismo subversivo que asesinaba, quemaba cortijos y cosechas, cortaba cepas...

Los tibios rayos de sol alegraban la fría mañana cuando llegaron a un mísero ventorrillo en el camino de Jerez a Trebujena. El guardia que lo acompañaba y él bajaron al unísono de sus caballos que soltaban por los ollares bocanadas de vapor. Con desconfianza, por un extraño presentimiento agarrado a la tripa, tomó su fusil Remington que estaba sujeto a la silla. Avanzaba con cautela unos diez pasos por delante de su compañero de gran mostacho que le cubría la espalda.

La venta era una choza de trenzados juncos muy deteriorados que requería un buen apaño para resistir el próximo invierno. Junto a un lateral del chozo, un habitáculo pequeño de tapia con el frontal encalado y unas tejas rudimentarias, la casita, si así podía llamarse a esa estancia tan pequeña, tenía un aire más cuidado. En una olla de puchero rota modelada con barro tosco, asomaba una planta de geranio, detalle que revelaba la presencia de una mujer.

El sargento había estado en aquel lugar una semana antes y en apariencia todo seguía igual, salvo un extraño silencio que empapaba el entorno. Unas chumberas, apostadas a ambos lados del camino, junto al ventorrillo, mostraban sus afiladas púas que las convertían en muros infranqueables. Alrededor, unas ralas hierbas señalaban que las lluvias aún no se hacían notar. ¡Maldita sequía! Por suerte, o porque todo tiene un límite, unos días antes había llovido. La mujer había puesto un lebrillo para recoger el agua bendita del cielo.

Al mirar hacia arriba sus cavilaciones se esfumaron. El buitre sobrevolaba en las alturas, la carroña no debía estar lejos. Fijó su vista en tierra y divisó en una hondonada junto al camino unas toscas botas camperas. Se aproximó; no estaban

vacías. Yacía semiculto un cadáver de unos veintipocos años con un trabucazo a quemarropa en el pecho. Parecía un campesino vestido de domingo, afeitado, con chaquetilla y chaleco de pana gris, una faja negra y a menos de dos zancadas del cuerpo el sombrero de ala ancha caído tras el impacto.

Con recelo entró el sargento en la choza del ventorrillo, una bofetada de olor a vino derramado, aguardiente y orines le golpeó la nariz. Comprobó su arma reglamentaria preparada, no quería llevarse una sorpresa como la de su amigo Teodoro, tiroteado y muerto por Los Niños de Guadix cuando merodeaba a un viajero al que acababan de robar y apuñalar. A sus ojos, la desolación más completa se abría en la penumbra: banquetas y toscas mesas tumbadas, un lebrillo utilizado como fregadero hecho añicos por el suelo, cachivaches y odres de vino esparcidos. El movimiento brusco de un animal sorprendido con su sigilosa entrada lo sobresaltó. Una orza con aceitunas cayó con gran estrépito. El guardia, asustado, dio un respingo mientras su dedo índice tensionado rodeaba con fuerza el gatillo de su fusil, a punto de disparar. El corazón desbocado parecía querer buscar salida por la boca. Con un maullido feroz escapó por la puerta entreabierta un gato negro. Tomó aire para serenarse, ya no era un novato, estaba en el escenario de una pelea de borrachos de terribles consecuencias o, más bien, con los tiempos que corrían, un robo violento. La oscuridad estaba impregnada de una atmósfera espesa ahíta de vapores etílicos, y alfombrada con aceitunas danzantes que movía o estrujaba a su paso. Un rayo de luz filtrado por el techo iluminaba unas pequeñas huellas de sangre. El rastro continuaba hacia el mostrador de madera de álamo, por donde había pasado el felino, y conducía hasta donde estaba el ventero. Su imagen parecía una pesadilla, inmersa en un charco de sangre, con los ojos desorbitados, vidriosos y vacíos de

vida. Su cuerpo aparecía acribillado por varias puñaladas que le afectaban el pecho, las manos y la cara.

Detrás del mostrador le esperaba una sorpresa más desagradable, encogida en un rincón, envuelta en tinieblas como un acordeón roto, estaba la pobre mujer del ventero vestida con saya de dormir. Había sido cosida a cuchilladas con rabia inconcebible. En un barrilete de madera caído, la misma víctima parecía haber dibujado con su sangre un burdo corazón, atravesado con un trazo grueso.

«¡Malditos cabrones!, como os eche el guante no os va a quedar un diente vivo», pensó, al tiempo que sintió una fuerte angustia al acordarse del pequeño de los venteros que había visto una semana atrás. «¿Y la criaturita dónde está?». De sobra sabía que los asesinos no tenían miramientos, con el alma en vilo y con las venas del cuello a punto de reventar, miró a todos lados. El silencio seguía imperturbable.

I

PARIAS DE LA TIERRA

UN HOMENAJE A LA ALEGREPOLVO

Tierras de Jerez, 1882

QUÉ TRISTE ES TENER QUE PASAR UNA NAVIDAD EN LA cárcel, ausente de la ternura de mi mujer y los besos de mis hijos. Me han interrogado y mi cara está llena de moretones de los golpes recibidos. Me acusan de atentar contra los ricos, de instigador para destruir viñedos, incendios, asesinatos y desgracias como las que en estos tiempos ocurren. Este año de 1882 ha sido terrible, de los peores conocidos. Hay mucha desesperación y locuras desatadas. El hambre es la peor tortura lenta que puede sufrir un ser humano, aunque hay quienes se empeñan en superarla, de forma brutal, para escuchar solo lo que quieren oír.

¿La vida? La vida es muy cabrona y pese a todo no me puedo quejar. Desde que asumí mis ideas sabía que la lucha iba a ser larga. La existencia me bendice también con buenos momentos, a ellos acudo para confortarme cuando mi ánimo está carcomido como estas frías paredes que me engullen.

He conocido el amor en dos mujeres, a las que me he entregado con entusiasmo. El más duradero, la madre de mis hijos, pobrecitos míos ¿cómo estarán ahora? Mi mujer y compañera, María Frasca Vargas, es gaditana, de Arcos de la Frontera, una morena caoba de aire calé y unos ojos profundos, una campesina sencilla, bella y sacrificada como son las de nuestra tierra.

Ella me acompañó este verano de 1882 para la siega con la cuadrilla del cortijo de Alcornocales. Cuando el hambre aprieta no puedes exigir el pago de unas perrillas para dar enseñanzas a los hijos de los jornaleros, si no las tienen. A pesar de la penuria no dejé de dar lecciones hasta San Juan, cuando llevaban ya dos semanas de faena. A estos campos sedientos nos lanzamos con ilusión dos treintañeros, que nada teníamos ya de jóvenes. Dejamos nuestros retoños y unas gallinas con los padres de María Frasca en Arcos.

De Alcornocales fuimos caminando a San José del Valle, pedanía rural de Jerez, aunque distante a unas cinco leguas. Subimos por la larga cuesta de San Antonio, a nuestra izquierda dejábamos el soberbio paredón oscuro que formaba el monte de la Cruz, el más alto de este entorno de colinas suaves y llanos ondulados. Tras el ascenso por un camino polvoriento llegamos a una extensa altiplanicie.

—María Frasca, contigo voy yo al fin del mundo —la piropeaba mientras la cogía de la mano. Bromeaba con ella y hasta le di un ligero achuchón en el trasero.

Procurábamos llevar la alegría, que nada pesa en nuestro equipaje y hacía liviana la miseria que corroía todo a nuestro alrededor.

Colgaba de mi hombro una calabaza bermeja y alargada de las llamadas de peregrino. La había curado enterrada en una barranquera desde el otoño hasta la primavera. Cuando

estuvo lista, le abrí un boquete con un tizón a modo de pitirro. Con la ayuda de un palo y unos chinarrros con agua la dejé bien hueca, sin la pulpa y sin las semillas secas, y la endulcé cambiando el agua varios días, como hacemos con las aceitunas. De esta manera mantenía la frescura del agua que cogía en manantiales o pozos.

En nuestro hato llevábamos una hogaza, un tarro de corcho con azúcar y una pequeña calabaza con aceite recubierta en su interior con piel de testículos de macho cabrío, como se hace también con el vinagre y el vino para conservar bien sus sabores.

Cobijados bajo un grueso alcornoque comimos con satisfacción un trozo de pan con un hoyito para el aceite y el azúcar, acompañado de un buen trago de agua que cogimos con paciencia de un venero sombrío. Del manantial cristalino salpicado de musgos y fragancias de hierbabuena y poleo, apenas escapaba un hilillo de líquido transparente. Antes de la sequía, el mismo aguadero vaciaba un caño con el espesor de un puño.

—¿A que sabe bueno?

—Mientras tengamos pan y aceite para comer no nos podemos quejar —me respondió Frasca, siempre con una sonrisa que la hacía más hermosa.

Como no había moscones a nuestro alrededor, me comí a besos a mi María Frasca y le repetí una y mil veces que la quería. La suave brisa del poniente removía el verde oscuro del ramaje y la torridez del mediodía. El rostro de ella resaltaba con sus mejillas acaloradas y ojos negros brillantes de satisfacción. Parecíamos dos mocitos enamorados que retozaban en la paja de una era animados con las miradas que lo dicen todo y los besos que sabían a gloria. Sentía tan cercano el cuerpo de mi mujer, el vértigo de sus curvas que hasta la vista se me

nubló por el deseo. A nuestra manera éramos felices, sin aspavientos ni comodidades. Al igual que la Engracia, queríamos disfrutar del sexo como una de las bendiciones de la vida, que de calamidades estaban las espuertas llenas; eso sí, más discretos que ella. La Engracia era ya una anciana de sesenta años, de Arcos de la Frontera, que enviudó dos veces, amó con intensidad a sus maridos y formaba tanto jolgorio en la cama que nadie al referirse a ella la llamaba por su nombre, sino por el de la Alegrepolvo.

Algunos varones gustaban de acercarse a la ventana del dormitorio de la Engracia y, si notaban meneos, se sentaban en la acera para escuchar como si fuese un espectáculo. Ella gritaba, jadeaba, animaba, reía, jaleaba y lo mejor de todo es que disfrutaba con el sexo sin prejuicios ni desgana.

«¡Qué buena corrida anoche! ¿Cortaste orejas y rabo?», preguntaban algunos guasones a Anastasio, su primer marido. La Engracia, si se enteraba, salía al quite: «A donde haya una buena corrida que se quiten los saraos y... hasta los toros», añadía con una carcajada. Y si algún interesado se le insinuaba, ella lo paraba sin miramientos: «No te equivoques conmigo, que puta no soy. Tengo a mi hombre y con su rabo me basta». Y si persistía, lo ponía de vuelta y media con su lengua afilada hasta que el buscador de favores se retiraba avergonzado.

Cuando estaba seria y en cualquier corrillo, no se recataba en mostrar su filosofía de la vida: «Para los pobres es siempre un alivio poder tomar algo caliente por la noche y es mucho mejor un polvo alegre que la puta miseria», argumentaba antes de ganarse el apodo que no la ofendía. De ella, las más guasonas argumentaban que era más ardiente que las alpargatas de un calero, que da nombre al oficio de hacer la cal y al horno más caliente que un infierno.

Con el recuerdo de las palabras chispeantes de la Engracia y nublado ya por la pasión, toqué el fruto de mi mujer y estaba jugoso. Miré como pude, con los ojos llenos de chiribitas, a un extremo y a otro. Me pareció que el lugar era discreto y apartado del camino. «¿Qué te parece si le hacemos un homenaje a la Alegrepolvo?», le pregunté. Ella, picarona, accedió con una sonrisa convulsa. Ni corto ni perezoso descubrí lo justo que había que destapar para empujar con ardor, como si me fuera la vida en ello. María Frasca acogió mi acalambrado cuerpo, que se esparció dentro, con una pasión que no desmerecía los arrebatos de la Engracia. Y continué voluntarioso hasta que ella alcanzó su gracia. Eso sí, huyeron alarmadas todas las avecillas y criaturas terrestres que había a nuestro alrededor, porque en mi celo inconsciente imité el berrido del venado antes de penetrar su cuerpo.